



MARXISMO

Y CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

Rubén Zardoya Loureda



Biblioteca Omegalfa

2920

Ω

Marxismo

y Capitalismo Contemporáneo ¹

MUCHOS hombres y mujeres se preguntan hoy si la concepción marxista de la historia conserva su fuerza explicativa con respecto al capitalismo contemporáneo.

Hay quienes, sin haber calado en su sentido profundo, levantan una barrera entre esta concepción y la práctica social de nuestros días, en la presunción de que el tiempo y las importantes modificaciones que se han operado en el modo capitalista de producción y en el conjunto de relaciones sociales sobre él asentadas, han corroído sus fundamentos y sus condiciones de validez.

Supuestamente, por sus límites históricos, el marxismo resulta incapaz de ofrecer un cuadro teórico adecuado de las contradicciones que gravan el desarrollo de la sociedad contemporánea y una guía para su superación revolucionaria. La ligereza con que se apresuran en tachar de un plumazo el modo de pensamiento que estremeció el mundo del capital desde sus propios cimien-

¹ Tomado de Debates Americanos N° 5 de junio de 1998.

tos y aún hoy se desliza como un fantasma en las noches desapacibles de los compradores de la fuerza de trabajo, apenas permite plantear seriamente la cuestión de su alcance histórico y de la realidad con respecto a la cual constituye una expresión teórica.

La doctrina de Marx es, ante todo, la conceptualización de la formación antagónica de la historia humana y, en particular, del sistema de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas que vertebran el mundo de la compraventa universal de la fuerza de trabajo.

¿Perdura la sumisión de la sociedad y los individuos a las leyes de la producción de plusvalía? ¿Subordina la racionalidad capitalista la libertad colectiva e individual de los hombres que con su actividad productiva configuran la riqueza social? ¿Impera en nuestra época un valor -el capital- que supedita a sí, aplasta o prostituye los restantes valores? ¿Son o no las relaciones humanas y los propios hombres simples cosas que empuja a su antojo la fuerza impersonal de la ganancia? ¿Siguen o no las cosas ocupando el lugar de la personalidad humana? ¿Han sido suprimidas por la historia las relaciones sociales basadas en la compraventa de la fuerza de trabajo? ¿Vivimos en un mundo diferente del de la gran propiedad privada capitalista? ¿Ha cambiado la orientación fundamental del régimen de propiedad privada hacia la centralización del capital y el poder? ¿No están ya los seres humanos categorizados objetivamente en burgueses y asalariados? ¿Ha dejado de ser el Estado capitalista una maquinaria organizada para imponer los intereses de la burguesía sobre las restantes clases sociales? ¿No son ya la "igualdad de los hombres ante la ley" y la proclamación de ciertos "derechos inalienables del hombre (burgués)" los gritos de combate por excelencia de la clase capitalista, y el derecho,

la voluntad de esta clase convertida en legislación universal? ¿No sigue la política burguesa subordinando todas las formas de conciencia, todos los valores humanos, todo el cuerpo de la cultura? ¿Es éste o no el mundo de la polarización extrema de la riqueza y la pobreza? ¿Es o no la contradicción existente entre el capital y el trabajo el pulso vivo de nuestra época? ¿Permanece o no en la sociedad de nuestros días el imperio del pasado sobre el presente, del trabajo muerto sobre el trabajo vivo? ¿Hemos arribado al fin de la historia o vive aún la historia grávida de su negación? ¿Se mantiene en pie el ideal de una asociación de productores en la que el libre desarrollo de cada individuo constituya una condición para el desarrollo libre de toda la sociedad? ¿Puede, en fin, el mundo de la propiedad privada resolver, sin negarse a sí mismo, el torrente de contradicciones que dimana de sus entrañas?

En sentido estricto, la superación de la doctrina de Marx, estaría a la orden del día para el pensamiento revolucionario si la realidad que constituye su objeto hubiera roto ya sus ámbitos, si las contradicciones fundamentales del sistema de relaciones sociales que sometió a crítica se hubieran superado por la historia y otras contradicciones ocuparan su lugar. Las líneas que siguen parten de la convicción de que la sustancia del modo capitalista de producción sigue siendo la esclavitud asalariada, la propiedad burguesa sobre los principales medios de producción y la disociación de los productores de sus propias condiciones de existencia y de los resultados de su trabajo, incluido el conjunto de relaciones sociales, instituciones y formas de conciencia, y su conversión en fuerzas hostiles que impiden el libre desarrollo de la personalidad. El movimiento ulterior del capitalismo no hace más que poner a prueba la capacidad de adaptación de la burguesía, agudizar

aquellas contradicciones, frenar violentamente el curso natural de su solución histórica y convertirlas en potencias destructivas de la civilización.² En tanto perdure esta situación, las ciencias sociales, si aspiran a eludir el pantano de la apología y la condición lamentable de sirvientas -asalariadas o voluntarias- del poder político, habrán de volver una y otra vez al autor de *El Capital*, se verán compelidas a pensar con sus categorías y sus leyes, en tanto categorías y leyes objetivas de la realidad capitalista, y a erguirse sobre los fundamentos teóricos y metodológicos sentados por él. Compelidas, no en la manera propia del marxismo vulgar, a saber, copiando la forma externa del discurso, entresacando frases y conceptos y trasplantándolos con soberana ligereza a la explicación de realidades anteriormente inéditas, sino mediante el estudio concreto de estas realidades en los marcos de una formación social que permanece sustancialmente invariable a través de sus metamorfosis históricas.³

² Nota sin contenido en el original. (Nota del maquetador digital)

³ La comprensión científica de la formación económico-social capitalista es, en importante medida, una conceptualización de sus metamorfosis históricas. Metamorfosis es una de las categorías clave de *El Capital*, indispensable para comprender el modo en que se desarrollan sus contenidos, la deducción lógica e histórica que realiza Marx de las diferentes formas económicas, unas a partir de otras. El objeto de la investigación dialéctica -es decir, de la investigación de la sociedad como una totalidad orgánica, como un organismo en desarrollo- se presenta siempre como una forma; no como una forma externa, sino como una forma de contenido estructurada, como una forma de organización del contenido. Considerar el objeto de investigación como una forma significa que se le está enfocando en el proceso de su génesis y desarrollo, de su movimiento histórico, no de un simple cambio coyuntural. Este movimiento histórico es el de la metamorfosis (la transformación, la transfiguración). Con la categoría metamorfosis se expresa el proceso de cambio de la forma, a partir de un mismo fundamento, una misma sustancia, una misma

La teoría del capitalismo de Marx no se agota en modo alguno en el capitalismo pre-monopolista, sino expresa la esencia del movimiento del capital en general, de la relación entre el capital y el trabajo en toda la diversidad lógica e histórica de sus formas de existencia, con independencia de sus modos concretos de manifestación.

A la interrogante aparentemente escolar acerca de si se cumplen en la sociedad capitalista contemporánea las leyes formuladas por Marx en *El Capital*, sólo cabe ofrecer una respuesta categóricamente positiva. Repárese en que, en este caso, no se pregunta si se cumplen en la actualidad las leyes enunciadas para la explicación del capitalismo de la libre competencia. *El Capital* no es la teoría (o una teoría) del capitalismo pre-monopolista; en él se reproducen conceptualmente las leyes que rigen y regirán el movimiento del capital hasta el momento de su desaparición histórica. En este sentido, sus potencialidades explicativas resultan *exactamente idénticas* para el estudio del capitalismo de la libre competencia que para el análisis del imperialismo contemporáneo. Esta sería una pregunta innecesaria si existiera un consenso en relación con la validez universal -es decir, la validez para la explicación de *todo capitalismo*- de la obra de Marx. Pero no ocurre así. Lo habitual en nuestros días es la renuncia a su teoría

esencia: justamente el proceso, no simplemente el resultado. A nuestro juicio, esta categoría probablemente la más utilizada por Marx en sus obras económicas, junto con las de forma y forma metamorfoseada, con ella emparentadas- es la más adecuada para explicar los cambios históricos en la esencia del capitalismo, en particular, el cambio de forma del capitalismo monopolista de Estado al cual asistimos en la actualidad. En relación con esta poderosa categoría del pensamiento dialéctico, las categorías de "reestructuración", "reorganización", "reconversión" y otras en boga, no pasan de expresar momentos parciales, unilaterales, aislados, de las modificaciones que se operan en el capitalismo contemporáneo.

-y su sustitución por toda clase de pseudo-categorías, palabrejas y términos vagos lanzados al consumo masivo por el discurso neoliberal-, incluso entre muchos investigadores que subjetivamente se consideran marxistas y que, sin embargo, no dejan entrever en sus escritos e intervenciones siquiera una pálida sombra del aparato conceptual y categorial del marxismo. Por paradójico que parezca, lo más frecuente en la literatura actual es el intento de dibujar un "cuadro teórico" del capitalismo, que excluye al capital, o en el que, al menos, éste no se presenta como la relación económica fundamenta), a partir de la cual se realice el estudio y se deduzcan las restantes relaciones, leyes y determinaciones de la sociedad capitalista.

Esta forma de ver las cosas pudiera suscitar la suspicacia del lector. ¿Se insinúa, acaso, la existencia de leyes y categorías "puras" del capital, descontaminadas de toda referencia de tiempo y lugar? ¿Permanece el capital idéntico a sí mismo al margen de sus vicisitudes históricas? ¿Constituye la historia, con respecto a él, una determinación meramente externa y fortuita? ¿No corresponden a un modo de producción en permanente transfiguración leyes y categorías transfiguradas?

Para responder de forma acabada a estas preguntas, no existe vía más expedita que la de desandar el camino recorrido por el capitalismo desde su época clásica con énfasis en el proceso de consolidación del capitalismo monopolista de Estado como relación económica y política dominante- y, sobre esta base, ofrecer un cuadro científico del modo contemporáneo de producción de la vida material y espiritual y de la forma específica en que tiene lugar la reproducción del capital en nuestros días. En este contexto, llamaremos la atención sobre el hecho de que la ciencia, si pretende desarro-

llarse como ciencia teórica -y no como mera factografía y amontonamiento difuso de valoraciones contingentes- se ve siempre obligada a operar un conjunto de abstracciones de la más diversa índole en el objeto que somete a estudio -incluida la abstracción de su grado específico de desarrollo-, encaminadas a revelar sus determinaciones esenciales y sus formas necesarias de existencia.⁴ No otra cosa hizo Marx al construir su teoría; ello le permitió comprender "al vacío" -como en un laboratorio o en condiciones de ingravidez- las leyes "puras" del modo de producción burgués, aquellas que rigen toda relación histórica entre el capital y el trabajo. En esta capacidad de revelar el ADN de la sociedad burguesa en general a través del estudio del tejido celular del naciente capitalismo inglés, radica su mérito mayor ante la ciencia y el pensamiento revolucionario.

En este punto, se revelan los límites cognoscitivos del marxismo vulgar, que no cesa en su empeño de transitar sobre deslizadores lógicos desde las leyes formuladas en el contexto de la teoría clásica, a la realidad del capitalismo contemporáneo, como si la sociedad humana se hubiera convertido, por clonación, en la clásica Inglaterra, y la práctica histórica de los hombres no introdujera múltiples correctivos a su acción.

El conocimiento de las leyes y contradicciones "puras" del movimiento del capital sólo puede constituir una guía para la comprensión de su forma contemporánea, si somos capaces de aprehender el modo específico en

⁴ "Lo que de por sí nos interesa, aquí -escribe Marx en el "Prólogo a la primera edición de El Capital"-, no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien estas leyes de por sí, estas tendencias, que actúan y se imponen con férrea necesidad." Carlos Marx. El Capital, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. X

que determinan los hechos históricos en medio de la más amplia diversidad de "factores contaminantes" que velan, embrollan, aceleran, retardan, modifican, diversifican o frenan su realización.

Por ejemplo, es evidente que, planteada en su forma pura, la contradicción entre el capital y el trabajo -que constituye el fundamento general del modo de producción capitalista- resulta insuficiente para explicar la compleja y abigarrada estructura social, en particular, la profusa marginalidad existente en la sociedad burguesa de nuestros días.

Asimismo, la exposición clásica de la ley del valor no agota la diversidad actual de sus formas de expresión, no revela el fundamento del intercambio desigual que domina el horizonte del mercado mundial, ni explica el hecho habitual de que al obrero promedio no se le pague íntegramente el valor de su fuerza de trabajo.

Es imposible determinar, a partir de la ley general de la acumulación capitalista, qué formas de pauperismo constituyen un resultado del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y qué formas se derivan de su falta de desarrollo.

El análisis más concienzudo de las formas puras de distribución de la plusvalía apenas podrá ofrecernos una pista para la comprensión de la multiplicidad de canales de distribución de la ganancia, que hoy dista mucho de expresarse con arreglo al esquema clásico, en la forma de ganancia media, ganancia comercial, interés y renta.

En el éter de la abstracción, en fin, no es posible captar plenamente los enrevesados mecanismos de reproducción contemporáneos en virtud de los cuales un suntuoso producto manufacturado se vende a la par de un

camello en el desierto del Sahara. A propósito, Marx nunca intentó transitar *directamente* de su teoría a la realidad del capitalismo premonopolista, ni su modo de pensamiento le hubiera permitido concebir la posibilidad de hacerlo.

Tampoco Lenin cayó en la trampa que le tendía el marxismo vulgar en la época del nacimiento del capitalismo monopolista. A diferencia, por ejemplo, de un Kaustky que había convertido en fórmulas abstractas los estudios económicos de Marx y que, de espaldas a la realidad, proclamaba que la concentración monopolista del capital y la producción conduciría a la formación de un trust internacional único que excluiría las rivalidades inter imperialistas y, consecuentemente, a una forma de desarrollo uniforme y pacífica del capitalismo, Lenin elaboró su teoría del imperialismo sobre la base de su concepción del desarrollo desigual -concepción que fue apenas avistada por Marx, dada la inmadurez de las relaciones sociales que sometió a crítica. Esta teoría permitió a Lenin formular la idea del eslabón más débil de la cadena imperialista, con sus conocidas consecuencias para la acción revolucionaria. En general, en su obra no se encuentra un sólo pasaje que evidencie el más mínimo intento de saltar por encima de las colosales dificultades lógicas que entraña transitar desde la teoría clásica a la realidad, ni resolver "con libros viejos" los urgentes problemas de la práctica revolucionaria. Su actitud fue radicalmente diferente: planteó ante sí la tarea de comprender, sin abandonar en absoluto la perspectiva metodológica marxista, lo que a todas luces se había configurado como una nueva fase en el desarrollo del capitalismo, el imperialismo, en cuyo elemento, por una parte, se refractaban y adquirían una nueva vida las categorías y leyes enunciadas por Marx en sus obras económicas, y por otra, surgía y se desarrollaba un con-

junto no despreciable de leyes y categorías nuevas. Esta comprensión constituyó uno de los pilares intelectuales más sólidos de la Revolución Bolchevique, cuya originalidad, asentada en la originalidad de la concepción teórica de Lenin, haría afirmar al joven Gramsci, con no poca imprecisión, que se trataba de una revolución realizada en contra de *El Capital*.

■ La teoría leninista no puede considerarse como una simple expresión teórica del estadio inicial del desarrollo del imperialismo, sino justamente como *la aprehensión conceptual de las determinaciones esenciales del imperialismo en general*. En esta idea es preciso insistir, debido al virtual abandono de esta teoría que se aprecia en las ciencias sociales contemporáneas, en particular cuando intentan comprender los cambios que se operan en el capitalismo de nuestros días. Las referencias -en muchos casos no pasan de ser meras frases- a la "globalización", "la aldea global", la "fábrica global", el "sistema-mundo", la "moneda global", el "capitalismo global", el "mundo sin fronteras", el "fin de la geografía", la "nave espacial", la "nueva Babel", y otras semejantes,⁵ impuestas subrepticamente por el discurso neoliberal en boga, apenas toman en consideración la *esencia imperialista* de los procesos reales de transnacionalización de la propiedad y el poder que se designan con tan vagos términos.

La única vía para superar estos "constructos ideológicos" es retomar, en las nuevas circunstancias, la teoría leninista, que revela la esencia de la fase imperialista del capitalismo. La tarea consiste en explicar las deter-

⁵ Ver: Octavio Ianni. Teorías de la globalización, Siglo XXI Editores, México, 1996, pp. 3-12.

minaciones específicas del imperialismo contemporáneo, a partir de las determinaciones (o rasgos) esenciales descubiertas por Lenin y del estudio empírico y teórico concreto de su desarrollo histórico.

Lenin puso de manifiesto que el rasgo distintivo del capitalismo contemporáneo es la negación progresiva de la libre concurrencia a favor de la concentración monopolista de la propiedad y el poder, hecho que, asociado a su naturaleza parasitaria y en descomposición, crea las condiciones objetivas necesarias para la acción revolucionaria orientada a la superación histórica del modo capitalista de producción. Por supuesto, resultaría ingenuo identificar el capitalismo monopolista de nuestros días con la forma específica que adoptó esta fase del desarrollo de la formación económico-social capitalista a inicios del siglo XX, época en que la configuración y consolidación de los monopolios tenía lugar, en lo fundamental, en el plano nacional, y en que ninguna concentración de poder económico, político e ideológico contaba con fuerzas suficientes para alterar de forma sustancial las reglas de la libre concurrencia a escala internacional.

La visión estática del imperialismo, que supone que éste vino a la vida con todas sus señas grabadas sobre la frente, apenas merece someterse a crítica: en este caso, se pasa por alto la tesis elemental de que la formación económico-social capitalista, considerada en su totalidad, constituye un organismo en desarrollo histórico y en incesante transfiguración, que sólo puede existir a través de la transformación permanente de todas sus condiciones de existencia.⁶

⁶ "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las rela-

Según Lenin, *el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo*. "...Lo más fundamental -escribe- de la apreciación teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo" radica en "que el capitalismo se transforma en *capitalismo monopolista*."⁷ Con otras palabras, el *atributo* fundamental del imperialismo es su condición de capitalismo monopolista. En esta determinación radica su especificidad, aquello que lo distingue del capitalismo de la libre concurrencia. A partir del último tercio del siglo XIX, sobre todo en Europa y en los Estados Unidos de América, ocurre un proceso de formación y consolidación de monopolios -es decir, de negación de la libre concurrencia- en un número cada vez mayor de ramas de la producción, que conduce progresivamente a un auténtico dominio de la oligarquía financiera sobre la rotación *nacional* del capital.

En este primer estadio de desarrollo del imperialismo, los monopolios no se han fundido aún con el poder político, si bien los diferentes grupos financieros que van consolidándose procuran la protección de sus correspondientes Estados nacionales y luchan encarnizadamente entre sí por alcanzar determinadas cuotas de poder en ellos. En la medida en que los Estados burgueses van siendo conquistados por unos u otros grupos financieros, devienen Estados imperialistas; o sea,

ciones sociales (...) Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse." "Manifiesto del Partido Comunista", en Obras Escogidas en 3 tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 114.

⁷ Vladimir Ilich Lenin. El Estado y la Revolución. O.C, t.33, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 69.

en esencia, funciones del proceso de centralización monopolista de la propiedad y la producción en el seno de las naciones burguesas. Con otras palabras, en el proceso de aparición y consolidación de los monopolios, se constata la existencia de un momento en que la oligarquía financiera ya ha logrado negar en lo esencial la libre competencia en el ámbito nacional y *todavía* no se ha fundido plenamente con el Estado: *el capitalismo monopolista no es aún capitalismo monopolista de Estado.*

Ahora bien, en el lapso asombrosamente breve de un año -entre 1916 y 1917-, Lenin, siempre atento a la historia viva y nunca aferrado a fórmulas muertas, fue capaz de constatar que la Primera Guerra Mundial había servido de catalizador de una metamorfosis integral en el desarrollo del capitalismo monopolista, en virtud de la cual éste, impulsado por las propias contradicciones de su desarrollo, *se había metamorfoseado en capitalismo monopolista de Estado.*

Baste llamar la atención sobre el hecho de que este último término, que a partir de 1917 no abandonaría el léxico de Lenin, no es utilizado en su obra clásica *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No se trata simplemente de que aún no había aparecido el término adecuado para designar una realidad ya conceptualizada, sino de que el capitalismo monopolista *específicamente de Estado*, en proceso de formación durante la primera década del siglo, no había alcanzado la madurez necesaria para ser conceptualizado. Esta madurez se la conferiría la Primera Guerra Mundial. "La guerra ha acarreado tan increíbles calamidades a los países beligerantes y, al mismo tiempo, ha acelerado a pasos tan agigantados el desarrollo del capitalismo, transformando el capitalismo monopolista en capitalismo mo-

nopolista de Estado, que ni el proletariado ni la democracia pequeñoburguesa pueden limitarse al marco del capitalismo." ⁸

Es menester poner énfasis en esta idea, pues la distinción que lleva implícita entre los dos estadios fundamentales del desarrollo del imperialismo no siempre se toma en cuenta en la literatura científica.⁹ Sin embargo, esta es precisamente la idea de Lenin, quien, en términos generales, vincula el nacimiento del capitalismo monopolista de Estado a la guerra imperialista, y a las crisis económicas, ocasionadas o no por esta guerra: en una sociedad capitalista dominada por los monopolios, o en la que las ramas fundamentales de la producción están en sus manos, la oligarquía financiera se apropia necesariamente del aparato del Estado para asegurar su reproducción económica y política, en particular, para proteger el sistema de producción de los efectos destructivos de las crisis económicas y enfrentar las necesidades de la guerra. Por *capitalismo monopolista de Estado* Lenin no entiende simplemente el proceso de

⁸ Vladimir Ilich Lenin. Epílogo de 1917 a "El programa agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa". O. C, t.16, p. 439. Ver también: El Estado y la Revolución, edición citada, p.3; "Séptima Conferencia (conferencia de abril) de toda Rusia del POSD (b) R", O. C, t.31, pp. 372, 470-471; "Un viraje en la política mundial", O. C, t. 30, pp. 350-351, 197-199; "Revisión del Programa del Partido", O. C, t. 34, p. 383.

⁹ Sobre esta distinción Eduardo del Llano, entre otros autores, llama la atención con particular énfasis; "No podemos comprender al capitalismo monopolista y al capitalismo monopolista de Estado como sinónimos. El último es resultado de un nuevo escalón en el proceso de socialización de la producción y constituye la expresión máxima de la monopolización de la economía en el capitalismo. Es la forma actual del ser del capitalismo monopolista y no puede examinarse fuera de él." Eduardo del Llano. El imperialismo: capitalismo monopolista, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990, pp. 247-248.

estatización *de la propiedad capitalista*. No se trata sólo de que la concentración de la producción produzca una fusión, en sentido directo, entre el monopolio y el Estado burgués, por la cual éste último se convierta en propietario. Esta es una de las formas del capitalismo monopolista de Estado, cuyo peso específico varía históricamente. El capitalismo monopolista de Estado es una etapa en el desarrollo del imperialismo, cuya característica distintiva es la apropiación por parte de la oligarquía financiera -trátese de la oligarquía financiera nacional o, posteriormente, de la oligarquía financiera transnacional- del Estado capitalista o, con otras palabras, la conversión de este Estado en una función del desarrollo de la oligarquía financiera, de la concentración monopolista de la economía, la propiedad y el poder. En este sentido, el capitalismo monopolista, considerado como una totalidad histórica de relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas, transita inicialmente, a partir del último cuarto del siglo pasado, de una etapa en la cual existe una libre concurrencia entre las distintas oligarquías financieras por apoderarse del Estado, a una etapa en la que el Estado constituye una función del desarrollo del conjunto de la oligarquía financiera, del desarrollo de los monopolios, de la negación de la libre competencia en el plano nacional. Es necesario llamar la atención sobre el hecho, en apariencia trivial, de que, en época de Lenin, el capitalismo monopolista de Estado sólo podía constituirse como capitalismo de Estado *nacional*.

El afianzamiento del capitalismo monopolista de Estado no invalidaría en lo absoluto el análisis realizado por Lenin del capitalismo monopolista en general -de la esencia del imperialismo moderno-: sencillamente, le añadiría nuevas determinaciones específicas. Lo anterior concierne en idéntica medida a la época en que es-

ta forma histórica de existencia del imperialismo comienza a superar los límites económicos, políticos e ideológicos de las naciones burguesas.

Precisamente con el fin de la Primera Guerra Mundial comienzan a gestarse las premisas de lo que, apenas seis décadas después, se presentaría como un proceso de metamorfosis del *capitalismo monopolista de Estado nacional en capitalismo monopolista transnacional*, tras medio siglo de sucesivas crisis económicas, la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, una segunda y más devastadora guerra mundial, el desplazamiento del centro de gravedad del imperialismo de Europa a los Estados Unidos de América, la internacionalización del socialismo, la desaparición de los imperios coloniales y su sustitución por un sistema de avasallamiento neocolonial, el nacimiento de más de cien Estados nacionales, el desarrollo de la llamada tercera revolución industrial, la desaparición del socialismo europeo y de la Unión Soviética, y el agravamiento de la crisis integral del capitalismo, que fuerza a los monopolios a trascender las fronteras del Estado-nación en su búsqueda irracional de fórmulas capaces de contrarrestar la acción de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Las categorías clave en la tarea de aprehender conceptualmente la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado son las de *transnacionalización y desnacionalización*: la esencia de las transformaciones que tienen lugar en el imperialismo contemporáneo se encierra por entero en el rompimiento de las barreras nacionales -económicas, políticas, ideológicas y culturales- establecidas desde la constitución histórica del capitalismo de la libre competencia, que obstaculizan el libre y esclavizante desarrollo de los monopolios y de una oli-

garquía financiera capaz de ejercer un férreo control sobre los hilos que mueven la economía mundial, de tomar decisiones económicas y políticas de universal acatamiento. Las relaciones internacionales de producción capitalista, que en época de Marx constituían "hechos secundarios, terciarios", "relaciones de producción derivadas, transmitidas, no originales",¹⁰ y en época de Lenin se esbozaban como *funciones exteriores* de la actividad financiera de los monopolios *nacionales*, se convierten progresivamente en relaciones primarias, esenciales, determinantes, consustanciales a la nueva forma -transnacional- de reproducción económica. La regulación del Estado-nación, que antes agotaba íntegramente el universo de la rotación nacional del capital, va cediendo terreno a una regulación transnacional, hasta convertirse, en la actualidad, en una regulación subordinada, parcial, fragmentaria, de ciertas fases de una rotación transnacional, esencialmente especulativa, que escapa a su control y se presenta como una fuerza hostil que lo acota desde fuera. En virtud de este proceso, el capital financiero pasa a ejercer un dominio virtualmente irrestricto sobre los eslabones fundamentales de la rotación del capital global, con la consecuente negación de la libre competencia en un área considerable de la vida económica internacional.

El proceso de transnacionalización desnacionalizadora del capitalismo monopolista lleva aparejados la contracción progresiva del capital a escala planetaria, el cautiverio de los flujos de inversión en los ciclos de reproducción del capital transnacional,¹¹ la conversión de la

¹⁰ Carlos Marx. Contribución a la crítica de la Economía Política. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 270.

¹¹ Hoy asistimos a un reparto del mundo sobre nuevas bases. Durante el período de formación del capital monopolista y de fusión de este capital con los aparatos estatales nacionales, el dominio

especulación financiera en un momento esencial de la reproducción ampliada del capital y la anulación de las regulaciones nacionales que la entorpecen;¹² la existencia, junto al sector del capital monopolista transnacional, y subordinados a él, de otros cuatro sectores productivos: el sector del capital no monopolizado de la econo-

de las colonias y las neocolonias tenía como fundamento la conquista económica y política de la mayor cantidad posible de territorio, con el objetivo de garantizar el control sobre los recursos naturales y la fuerza de trabajo barata. La voracidad monopolista se extendía incluso a zonas cuya explotación no era aún rentable, pero que constituían reservas para una posible futura expansión. A diferencia de esto, aunque el imperialismo transnacional necesita extender y mantener su dominación sobre todo el planeta, la competencia económica intermonopolista se desarrolla fundamentalmente por el control de los mercados de los propios países imperialistas y de las zonas, sectores económicos y mercados del mundo subdesarrollado que forman parte del sector del capital transnacional, tales como los llamados "paraísos fiscales" y "plataformas exportadoras", los territorios con importantes reservas de materias primas y con recursos naturales estratégicos, y los mercados regionales relativamente grandes.

¹² Existe una manera superficial y, en esencia, apologética del capitalismo monopolista transnacional, de explicar el papel de la especulación en la economía burguesa contemporánea. Supuestamente, los especuladores son individuos egoístas, chicos malos, postores inescrupulosos que "ponen en peligro las bases del sistema financiero internacional", aparentemente saludable. Éstos inveterados tramposos, armados con poderosas computadoras, abundante información y cuantiosos recursos, acechan las debilidades de las finanzas mundiales para someterlas a sus ataques especulativos. Si la economía capitalista pudiera librarse de ellos o, al menos, "controlarlos", no habría que temer las crisis económicas y financieras. Al convertir el problema de la especulación en un asunto de individuos, y presentar a los especuladores como ovejas descarriadas de la manada, no sólo se oculta la relación orgánica existente entre la especulación financiera y la forma específica de reproducción del capital transnacional, sino se esfuma también toda posibilidad de comprender a una y a otra como momentos universales y necesarios de la rotación del capital global, como determinaciones esenciales del capitalismo monopolista transnacional.

mía que funciona en monedas libremente convertibles, el sector del capital no monopolizado de la economía que funciona en monedas no convertibles, el sector de la propiedad privada basada en el propio trabajo, y la economía natural o de autoconsumo; la emergencia de una nueva forma de socialización auténticamente transnacional, la *socialización capitalista marginadora (o marginalizante)*, caracterizada por la inclusión y, a un tiempo, la exclusión de amplios sectores de la población económicamente activa: inclusión -y subordinación- a la lógica transnacional de la contradicción entre el capital y el trabajo; exclusión -subordinada- del proceso de producción en calidad de asalariados;¹³ el ensanchamiento imparabile de la brecha existente entre el desarrollo del

¹³ Un mundo basado en la explotación del trabajo asalariado es crecientemente incapaz de ofrecer trabajo. Hoy día, una enorme masa de individuos -sujetos potenciales de la revolución- ha sido privada por el sistema capitalista de la posibilidad de enajenarse de forma directa en los marcos de la contradicción existente entre el capital y el trabajo. Sin embargo, el sistema productivo capitalista ha devenido en una colosal fuerza transnacional que oprime tanto a los obreros como a los marginados. Estos últimos no tienen siquiera la posibilidad de ser explotados en el proceso de producción y sólo cuentan para su reproducción con valores escamoteados en los intersticios del mundo del capital o en sus franjas sobrantes. Si durante el proceso de consolidación y desarrollo del capitalismo de la libre competencia, este régimen social creó hombres y mujeres enajenados de los resultados de su propio trabajo, hombres y mujeres productores de relaciones sociales enajenadas, en su fase imperialista revela una tendencia acelerada a privarlos de la posibilidad de participar directamente en la producción de estas relaciones sociales, no sólo espirituales, sino también materiales. Para reproducir la enajenación -tan necesaria al capitalismo como el aire a los seres vivos- el imperialismo transnacional sólo necesita comprar y explotar una parte minoritaria de la masa total de fuerza de trabajo. Una pequeña parte de los esclavos que lograron sobrevivir a la construcción de las pirámides de Egipto, gozó del privilegio de continuar de por vida edificando pirámides; la otra fue sacrificada al faraón.

capitalismo en las metrópolis imperialistas y su desarrollo atrofiado y dependiente en las neocolonias del capital transnacional; el progreso selectivo y muy puntual de la ciencia y la tecnología en un conjunto de ramas económicas privilegiadas, que coloca a los monopolios transnacionales entre dos tendencias igualmente nocivas para el capitalismo: el desarrollo científico tecnológico y el freno a este desarrollo, y acentúa la contradicción existente entre las fuerzas productivas contemporáneas y las relaciones capitalistas de producción;¹⁴ el

¹⁴ Se ha insistido en que es necesario "relativizar" la idea del antagonismo existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción inherentes al capitalismo contemporáneo. Supuestamente, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo contribuye a paliar las contradicciones económicas, políticas y sociales que el capital engendra en su movimiento. En este caso, se pasa por alto que este desarrollo -exiguo, si se toman en consideración sus potencialidades reales-, la generalización de sus resultados y el despliegue del potencial productivo se encuentran limitados por la forma específicamente capitalista en que tienen lugar, en tanto la gran mayoría de la humanidad se haya imposibilitada de reproducir con decoro su vida material. Se olvida, primero, que la elevación de la productividad del trabajo, como demuestra Marx, constituye un síntoma de la agudización de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia; segundo, que, cuanto más los capitales individuales pugnan por vencer en la competencia mediante la elevación de la capacidad productiva del trabajo, más profundas son las contradicciones de la reproducción del capital global; tercero, la extrema polarización del desarrollo de las fuerzas productivas, en virtud de la cual, junto al progreso sofisticado de la ciencia y la tecnología en determinados sectores de la reproducción del capital transnacional, se conservan y consolidan las formas más elementales de trabajo manual, ancestral, pasando por toda una gama de modalidades de trabajo mecanizado y por otros estadios precedentes. La brecha existente entre ellos aumenta. Si la tecnología es considerada como una *forma del movimiento del capital*, es evidente que su desarrollo no está orientado a procurar una elevación del nivel de vida de la población y que, por consiguiente, todos los beneficios que se derivan de las innovaciones científico-tecnológicas constituyen un subproducto de la valorización del capital. El objetivo que persiguen los monopolios

surgimiento y consolidación de una nueva élite burguesa que constituye la personificación del gran capital transnacional, la oligarquía financiera especulativa transnacional, que ha logrado ir configurando un dominio transnacional en el que se apropia de la mayor parte de la plusvalía producida en el mundo; la constitución de un mecanismo de poder político transnacional, configurado por las maquinarias estatales refuncionalizadas, tanto de los países imperialistas como de los países neocoloniales, y por organismos supranacionales complementarios, instituciones que permiten, en su conjunto, imponer la voluntad de la oligarquía financiera transnacional en espacios cada vez más amplios y diversos de la vida social a escala mundial, y concertar el ejercicio de la violencia como un instrumento necesario de dominación extraeconómica; la transnacionalización de las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales de los Estados imperialistas y la proyección transnacional de su poder militar y su fuerza pública; la desnacionalización de los Estados dependientes, cuyas instituciones se ven despojadas del ejercicio de funciones que estuvieron tradicionalmente bajo su control; la exacerbación del carácter totalitario, avasallador y antidemocrático del capitalismo y el incremento de la capacidad coercitiva directa de la economía, en particular, de las relaciones

contemporáneos con sus inversiones en investigación y desarrollo no ha variado, es aumentar sus ganancias. Por supuesto, este movimiento del capital puede contribuir a elevar el nivel de vida de ciertos sectores de la población. Sin embargo, como resultado de la acción de la ley general de la acumulación capitalista, al mismo tiempo está haciendo descender el nivel de vida de una franja creciente de la humanidad. Por último, es importante, en este contexto, subrayar el hecho de que el capital transnacional se está montando en una plataforma tecnológica que trasciende las posibilidades efectivas de su esquema de reproducción general, y que en su seno se están gestando las fuerzas productivas correspondientes a un nuevo modo de producción.

monetarias y la especulación financiera; la agudización progresiva, sobre todo a raíz de la desaparición de la URSS y el campo socialista, de las contradicciones inter imperialistas y de las contradicciones entre la oligarquía financiera transnacional y el resto de la humanidad; la tiranía sin fronteras de los medios de comunicación de masas sobre el proceso de producción espiritual, en particular, ideológica, de la humanidad contemporánea, y la forma impúdica con que la ideología se pone al servicio del capital transnacional; la exacerbación de las contradicciones económicas y sociales que producen la enajenación, la mutilación y la cretinización de la personalidad. El aprendiz de brujo que ha desatado todas estas potencias incontrolables del capital son los monopolios financieros transnacionales.¹⁵ La izquierda revolucionaria, urgida como nunca de conocer el mundo para transformarlo, necesita de un análisis teórico del imperialismo que actualice sus determinaciones esenciales, esclarezca sus rasgos específicos, revele las formas concretas de manifestación de sus leyes inmanentes, identifique los mecanismos de reproducción de sus contradicciones -en particular, de la contradicción entre el capital y el trabajo-¹⁶ e Indique las tendencias previsi-

¹⁵ Fidel Castro ha llamado la atención, con toda razón, sobre el hecho de que "las empresas transnacionales representan la síntesis más perfecta, la expresión más desarrollada del capitalismo monopolista en esta fase de su crisis general. Por tanto, las empresas transnacionales son las portadoras internacionales de todas las leyes que rigen el modo de producción capitalista en su fase imperialista actual, de todas sus contradicciones, y son el mecanismo más eficiente con que cuenta el imperialismo para el desarrollo e intensificación del proceso de supeditación del trabajo al capital, a escala mundial." Fidel Castro Ruz. La crisis económica y social del mundo. Ediciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983, p.153.

¹⁶ Independientemente de la indiscutible reducción de la cantidad de obreros que este sistema resulta capaz de emplear, y de las abismales diferencias existentes entre las condiciones de vida

bles de su movimiento histórico. Con una celeridad que supera en los hechos toda previsión, la historia ha planteado ante el pensamiento revolucionario la demanda de arrojar lejos el paño con que se enjugaron las lágrimas que provocó la caída del campo socialista europeo y la desintegración de la Unión Soviética, abandonar la postura del samurai a quien han cortado de un sablazo el moño del honor, poner límite al descuartizamiento pasional u oportunista de la experiencia histórica del socialismo, que rayó en el sadismo e, incluso, en el ma-

de los asalariados en los países desarrollados y en los subdesarrollados, el proletariado es la clase social que produce la masa fundamental de la riqueza material de la sociedad, la principal fuente de creación de valores, sin los cuales, no sólo se desmoronarían los rascacielos especulativos que posibilitan la reproducción artificial del capital, sino sería imposible la propia vida humana. La burguesía, a su vez, sigue siendo la clase dominante en el sistema capitalista, es la dueña de la inmensa mayoría de los medios de producción y se apropia de la mayor parte de la riqueza social producida. Por consiguiente, la contradicción fundamental de la sociedad burguesa contemporánea es -y seguirá siendo- la contradicción entre el capital y el trabajo, de la cual se derivan todas las demás contradicciones que gravan el desarrollo de la humanidad, a saber, las contradicciones entre el capital y la marginación; entre la burguesía y los diversos sectores sociales oprimidos por ella, y las contradicciones internas del propio capital, agudizadas como consecuencia de la desaforada competencia intermonopolista y de la absorción y destrucción de que es objeto el capital no-monopolista, especialmente el que funciona en monedas débiles. En la actualidad, crece la conciencia de que la solución de la contradicción existente entre el capital y el trabajo no garantiza automáticamente la supresión de los problemas étnicos, culturales, de género, medioambientales y otros. Por lo general, hoy se acepta que los protagonistas de las luchas obreras no pueden aspirar a recibir un cheque en blanco del resto de los sectores sociales oprimidos y marginados, sin que medie una participación activa y efectiva de los mismos en la elaboración del programa de las luchas populares. No obstante, la solución de las condiciones de opresión, exclusión y marginación de tales sectores sociales, será absolutamente imposible sin la solución de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista.

soquismo, y transitoriamente logró apartar o colocar en un plano secundario el análisis de la historia y la actualidad del imperialismo. No cabe duda de que el "tema del derrumbe" se impuso por sí mismo con fuerza aplastante sobre la conciencia y el pensamiento teórico de la izquierda -revolucionaria y reformista-, y que, por un tiempo, resultó difícil poner las energías creadoras en otro empeño que no fuera el de explicar cómo fue posible que el cielo y el mar se hubieran unido en otro punto que no fuera el horizonte. No es menos cierto que el estudio crítico y sin cortapisas de la experiencia mundial del socialismo -ajeno a la lógica primitiva de la construcción de la idea del diablo y a la manera superficial de contrastar su realidad con un ideal, el ideal socialista, entendido como un dechado de perfecciones- constituye una exigencia ineludible del desarrollo de la teoría revolucionaria. Pero la tendencia al ensimismamiento autodestructivo que conlleva la absolutización de esta demanda del desarrollo del pensamiento y la práctica, ha de ser contrarrestada con lo que, a nuestro juicio, constituye el reto teórico fundamental de nuestra época: someter a una crítica científica el proceso de metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en un sistema global de dominación transnacional, cuyo proceso de institucionalización, pletórico de contradicciones insolubles, socava sus propios cimientos y crea las premisas para su superación histórica. Por la lógica interna de su propio movimiento, este estudio crítico ha de contribuir a deshacer el espejismo, incubado a raíz del derrumbamiento del Muro de Berlín y de las estatuas de Lenin, que presenta al imperialismo como a un Ave Fénix que resurge victorioso e invulnerable de lo que parecían ser ya -en virtud de las continuas derrotas que le fueron infligidas sobre todo a partir de los años sesenta-

sus propias cenizas económicas, políticas, ideológicas y militares. Ω

Biblioteca Omegalfa
2020
Ω